



Emilia

## EN MIS HORAS DE AMOR.



E ví... te amé. ¡Preparan tus delicadas manos á mi sien juvenil la guirnalda de rosas del amor, ó del martirio la corona de punzantes espinas! ¡Qué importa! Al contemplar tu celestial semblante y los contornos aéreos y graciosos de tu cuerpo, un grito mudo de amor, de admiracion y de culto, partió de lo íntimo del corazon. ¡Ah! no me eras desconocida: yo te había visto en mis ensueños y delirios de amor; yo te ví en ellos blanca y purísima cual la luz que destella el querubin en los cielos. Ahora inundas mi alma de una claridad inefable; tal vez para hundirme en la eterna noche del dolor. Te aguardaba con ansiedad ¡niña hermosa! como el mundo la venida del Mesías, para que tu presencia disipase esa indefinible angustia de mi espíritu, y la nube del fastidio que oscurecía mi frente.



¡Oh! yo deseaba ardientemente encontrar una vírgen inocente y pura cual la creacion febril de mi fantasía, para beber en su perfumado aliento el aura de salud de mi espíritu enfermizo; para consagrarle toda mi vida, que vagaba sin rumbo como el bajel combatido por la tempestad. En vano tendía mis anhelantes é indagadoras miradas por el mundo, buscando algun objeto sublime que llenase el vacío del corazon. . . . ¡nada hallé! Veía pasar elegantes mugeres esparciendo en torno vida y deleites; pero ninguna hacía latir de amor mi corazon, pues ninguna era la que aguardaba, la que conocía, la única que podía despertar en mi alma el primer amor, convirtiendo mi triste vida en un paraíso de delicias.

Pero llegaste tú realizando la ideal belleza que adurmió suavemente mis primeros días juveniles, cuando me separaba de la niñez alegre y risueño con mis esperanzas é ilusiones, sin imaginar que solo recogería desengaños y sufrimientos en la senda por donde inesperto caminaba. Entónces no comprendía las palabras *engaño, perfidia, ingratitude!* Feliz entónces, cuando leía en la mirada de la muger un juramento de amor; pero no creí que con tanta facilidad y ligereza se violasen las mas solemnes promesas!

¡Ya la hiel de los desengaños se ha derramado en mi corazon, y he sentido en mis sienes el frío contacto de la duda! ¡Ay! es horrible no creer, viendo deshojadas y marchitas todas las flores que despliegan sus galas en el valle de la vida, y en vez de deleitarse con sus suavísimos perfumes, temer respirar un veneno mortífero. Vale mil veces mas dejar de ecsistir al instante, para no sufrir esa agonía lenta y sin esperanza de consuelo. Mi corazon ha nacido para creer, para amar; hay en él un fondo inmenso de ter-

nura. Un hombre sin creencias, es un mundo sin luz, un cuerpo sin alma. Yo quiero creer, quiero amar, aun cuando todo sea mentira; quiero pasar mi vida engañado, quiero estar soñando despier-to, y poseer las consoladoras ideas que arrullaron mis sueños de niño.

Si tú me amaras, mi espíritu gozaría ese placer divino que solamente se bebe en los lábios de la muger que se idolatra con el primero y único amor; ¡oh! entónces vería el mundo radiante de beldad y de poesía. Si todos tus pensamientos fuesen míos; si solo por mí latiera de amor tu corazon; si encontrase en tus brazos el descanso apetecido despues de haber atravesado un camino largo y penoso, me harías respirar en la tierra esa bienaventuranza que Dios reserva á los justos en la mansion eternal.

¡Oh! ámame, ámame. Que tu corazon corresponda á las sensaciones del mío; que alivie los estragos que tu amor ha causado en sus fibras mas sensibles. Pero si me abandonas, si despues de haberme hecho esperar una felicidad semejante á la del primer hombre en el Paraíso perdido, si á pesar de haber seguidó con constancia el camino sembrado de espinas y de abrojos para llegar hasta tí, entregas tu corazon á otro hombre, encontrándome despreciado, herido en la parte mas delicada del alma, y por la mano de aquella muger que es mi gloria, mis alegrías, mis dolo-



res, un alimento necesario de mi espíritu su vista, y el supremo placer de mi vida estar contemplándola estasiado como los ángeles á la Virgen, ¿cómo he de creer en el amor espiritual? ¿De qué me sirve entonces el corazón, santuario consagrado á tí, no teniendo á quién adorar? ¿Qué podré desear en lo futuro si has destruido el germen de mis esperanzas?

¡Alma mía! ¿Qué quieres que te ofrezca sino un amor melancólico y sombrío, si oculta mi pálida frente, como la helada cima de los volcanes, que hay en mi interior el fuego mortífero de esos dolores inexplicables é invisibles, que no comprende la sociedad fútil y positivista que nos rodea? ¿Qué! ¿Tú también no comprenderás el amor poético, ardiente, espiritual, que te han espesado mis suplicantes ojos en el lenguaje elocuente y sincero del alma? ¿Ni tampoco tendrás piedad de los sufrimientos de un alma que ha fijado en tí su última esperanza, su único refugio, y se encuentra resfriada por las ráfagas desconsoladoras que vienen de ese mundo, donde el crimen y la pureza se confunden; donde el amor, amistad y virtud, son nombres sin sentido; donde no se encuentra mas que maldad é interés?....

No, no: tú debes amarme; tú debes comprenderme, porque Dios te mandó al mundo para que fueses el ángel custodio de mi existencia marchita; para que en tus miradas bebiese la fé perdida; para que tu amor derramase en mi corazón las ilusiones

que desaparecieron gradualmente, como los risueños paisajes que se enlazan y van desvaneciéndose á la hora del crepúsculo.

..... Y veré tu leve pié dirigirse al templo para separarnos eternamente; para que un hombre tome allí el título de tu esposo y de verdugo mío! ¡Ah! ... y tus lánguidos ojos ya no tendrán miradas sino para él! Le presentarás tu blanca frente para que la bese. Y ese tu ebúrneo seno, en que soñé reclinar mi dolorida sien, le pertenecerá. Solamente él podrá estrechar á todas horas tu delicado talle. Le colmarás de dulces caricias.... ¿Y para mí?.... Desesperación!.... martirio!.... soledad! Al recibir este último y terrible desengaño, mis desfallecidas sienes, no teniendo ya su apoyo, se inclinarán tristemente como los sauces del cementerio, sobre mi corazón, tumba de todas mis ilusiones y esperanzas en el mundo!

¡Ángel de mis desvaríos de amor! habrás condenado á muerte á tu infeliz amante!..... Pero si mis humildes votos llegasen hasta el cielo, yo los haré fervientes por tu dicha y bienaventuranza. ¡Que la felicidad te acompañe siempre, y se deslice tu vida por la senda de las blancas flores! ¡Que nunca sufras esos desvelos crueles del amor sin esperanza, que he experimentado por tí! ¡Ojalá y el soplo helado del desencanto jamás levante de tu frente el sutil velo de las ilusiones que hacen amar la vida! ¡Tal vez algún día llegarás á comprender los misterios de este corazón que te adora hasta lo infinito, y se desprenda de tus bellísimos ojos una lágrima en mi memoria!!!.....



## LA VENGANZA.

A L. \*\*\* M. \*\*\*

Antica storia narra così.

L. CARRER.

ALLÍ, en la torre que este lago baña,  
Espíritu infeliz doliente mora;  
Y cada año aparece en forma estraña,  
La misma noche y á la misma hora,  
La noche y hora del sangriento fin.  
*Antigua historia lo cuenta así.*

Cautiva Inés allí, mas no rendida,  
A su injusto opresor resuelta dice:  
«Podeis quitarme, si queréis, la vida;  
«Aunque sola y sin armas, é infelice,  
«Ni un beso, conde, lograréis de mí.”  
*Antigua historia lo cuenta así.*

—163—

Buscando quién la ampare, ¡sueño vano!  
Desde la alta ventana el lago mira;  
Pulsa un laúd con desmayada mano,  
Y entona un canto que tristeza inspira,  
Los rayos viendo de la luz morir.  
*Antigua historia lo cuenta así.*

Las doce son: sus ojos no recrea,  
Que entre nubes ocúltase la luna.  
Un gemido se oyó... brilló una tea;  
Después no se percibe voz ninguna...  
La hacha también desapareció de allí.  
*Antigua historia lo cuenta así.*

¿Qué fué?... Nadie lo sabe; mas del conde,  
Calma feroz obsérvase en la frente;  
Terrible, en muda soledad se esconde;  
Y al descender el sol al Occidente,  
Nunca el canto de Inés tornóse á oír.  
*Antigua historia lo cuenta así.*

Al conde quieren ver dos extranjeros:  
Entran, y cierra el último la puerta;  
Salen á poco, rojos los aceros,  
Pálido el rostro, la mirada incierta...  
Sangre empapa el magnífico tapiz.  
*Antigua historia lo cuenta así.*



—Dime: ¿hasta dónde penetró?—pregunta  
Cárlos, tomando el hierro de su hermano.—

—Por la espalda salió la aguda punta,  
Y el roto corazón tocó mi mano;  
Muerto cayó cual nuestra hermana allí.—  
*Antigua historia lo cuenta así.*

No surca el manso lago una barquilla  
Que salve á los mancebos generosos;  
Crúzale á nado, y en la opuesta orilla,  
Aunque vengados, se les ve llorosos;  
Juntas las manos, por Inés gemir.  
*Antigua historia lo cuenta así.*

Mas en la torre que este lago baña,  
Espíritu infeliz doliente mora;  
Y cada año aparece en forma estraña,  
La misma noche y á la misma hora,  
La noche y hora del sangriento fin.  
*Antigua historia lo cuenta así.*

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

(Tomada del italiano.)



AMORES

DE EDUARDO.

LA CITA.



ERA una hermosa noche de Mayo. La luna, coronada con las estrellas que adornaban el firmamento, iluminaba el universo con una luz muy apacible. La atmósfera estaba serena. La naturaleza dormía. Eduardo, que así se llama nuestro héroe, joven esbelto y elegante, aguardaba con impaciencia la hora en que debía ver al ídolo de su corazón, la hora en que debía estrecharlo entre sus brazos. Entre tanto, se ocupaba en contemplar la naturaleza, en mirar los astros del cielo para



calmar un tanto la inquietud de su espíritu, y aguardar con mas calma aquellos momentos felices que halagaban tanto su imaginacion.

Al fin suenan las diez, hora de la cita, y el amante, como de costumbre, toma su laúd y se acompaña entonando una cancion que habia compuesto á su amada; cancion que revelaba toda la sensibilidad de su alma, y el afecto tan tierno que profesaba á aquel ser en quien cifraba su felicidad.

A sus acentos melodiosos sale Adela al balcon, conmovida por las ternezas de su amante, y despues del saludo de costumbre le hace una seña para que penetre hasta el jardin de su casa, donde podian verse sin riesgo y entregarse á todas las delicias de un amor tan puro como inocente.

Llega por fin Eduardo al jardin á la vez que su amada atravesaba por las callecitas que formaban las flores.

Adela llevaba un vestido blanco; su fino pelo caía graciosamente en blondos rizos sobre su albo cuello, y llevaba en la mano una hermosa flor que acababa de cortar para ofrecerla á su amante.

Eduardo estrecha á su amada entre sus brazos, imprime en su frente pura un beso de amor, y se considera en ese instante el mas feliz de los mortales.

Adela, por un instinto natural, corresponde amorosamente á las tiernas caricias de su amante, y le da la rosa despues de haberla acercado á sus lábios y cubierto de besos.

Eduardo la recibe aún humedecida por el aliento

de su amada, y la besa tambien, embriagado de placer . . . .

—Adela mía!—la dice;—esta flor dentro de breves instantes habrá perdido su color, estará marchita y ya no eshalará el aroma que el suave ambiente embalsama. ¿Así se marchitará mi esperanza y se desvanecerá tu amor? . . . . .

—No, Eduardo—le dice;—yo te amo con delirio, pues tú has sabido, con tus finezas, cautivarme. Sí, yo te amo con todo el fuego de mi alma. ¡Oh! no tengo palabras con qué esplicarte mi pasion!

—Hermosa!—la dice Eduardo estrechándola contra su pecho,—¿tanto me amas? . . . . .

—Sí, Eduardo,—le interrumpe Adela con un acento lleno de dulzura;—y con ansia te esperaba, pues tú solo ocupas todos mis pensamientos.

—¡Oh! y tú los míos,—le responde su amante con entusiasmo;—yo te amo tambien con una pasion que toca en idolatría, y á tí sola he consagrado mi corazon y mi existencia toda!

Adela, no pudiendo ya resistir á las palabras tiernas de su amante,

—Eduardo!—le dice;—basta: yo te amo con frenesí, y en prueba de mi amor toma esta sortija.

Eduardo la besa con entusiasmo, y se la pone en el dedo menor que corresponde al corazon; y luego, á su vez, la dice:

—Adela mía! yo tambien quiero probarte que te adoro; toma mi retrato, que es el mas fiel testimonio que pudiera darte de mi idolatría.



X Dicho esto, la tiende Eduardo los brazos, la X estrecha contra su pecho y la da en seguida un ósculo de amor.

Pocos instantes despues, Adela, que gustaba tanto de oír á su amante pulsar las cuerdas de su lira, y escuchar su voz sonora y melodíosa, le instó para que tomara su laúd, y uniese á sus melífluas voces su armonioso acento.

Eduardo, demasiado complaciente con su amada, á la menor indicacion de esta, tomó su lira y se acompañó entonando la cancion que tanto agradaba á Adela; era la que habia compuesto á este ángel á quien él habia consagrado su ecsistencia. Eduardo tambien gustaba mucho de oír la voz de su amada, así que la pidió lo acompañase en su amoroso canto, y los dos unieron sus armoniosos acentos á las sonoras voces de la lira.

Así pasaron como dos horas disfrutando de todas las delicias de la poesía y respirando el aire apacible, perfumado por el aroma grato de las flores.

Luego suspenden su amoroso canto; Eduardo deja su laúd, y estrecha entre sus brazos á su ángel tutelar; lo besa una y mil veces y lo colma de caricias. Así permanecen arrobados en éxtasis de amor y de ventura.

Adela, reclinada en el pecho de su amante, quedó como adormecida entre sus brazos, saboreando la copa del placer que le brindaba el amor.

¡Oh! cualquiera que hubiera visto á los dos jóvenes amantes, no podría ménos que envidiar aquella felicidad que Eduardo no trocaría por los esplendentes tronos de los reyes.

Pero, ¡ay! bien pronto aquella felicidad debía desaparecer! Las horas corrían con rapidez, robando así la ventura que disfrutaban en aquel momento nuestros dos amantes, y el sordo ruido del cerrojo de la puerta del jardin, vino á sacarlos de aquel dulce arrobamiento. Era la familia de Adela que entraba á á pasear la luna . . . . .

Nuestros amantes se abrazaron de nuevo tiernamente, dándose el *¡adios!* de despedida, y desaparecieron veloces cual las ilusiones de amor.

1850.—P. MOLINA.

